

1900 Enero 13

669

= CENTRO FINANCIERO. (Véase el anuncio.)
= NO HABRA DIABETICOS.—Véase el anuncio «Anti-diabetes Surroca»

Pasta pectoral del Dr. Andren. Pídanse en las farmacias de todos los países.

CRÉDIT LYONNAIS

Rambla del Centro, 28.

Alquiler de cajas para caudales. Para prospecto y detalles dirigirse á la seccion de títulos.

J. Girona, Médico especialista para las enfermedades del estómago. Cortes, 350 y 352, 2.º 2.ª Consulta de 3 á 5.

RECONSTITUYENTE

Homeopático Osteógeno Gort.

De gran utilidad para combatir el linfatismo, anemia, clorosis y neurastenia. Cómodo y agradable para los niños y tolerable para los estómagos mas delicados. Farmacia Homeopática, calle Sta. Ana, 5.

Enfermedades nerviosas-mentales. R. Barris, Bruch, 108, 2.º

LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE CERVERA.

I.

Con el título que encabeza estas líneas, ha publicado D. Víctor M. Concas un libro muy fuerte; un libro lleno de verdades terribles, de patriotismo, de amor profesional herido, de acritud, de piedad, de acusaciones y varoniles quejas; un libro trágico que ha de hacer palpar violentamente todos los corazones españoles si España vive todavía.

D. Víctor M. Concas era comandante del crucero «María Teresa», nave capitana de la escuadra que, bajo el mando del general Cervera, fué enviada al sacrificio y pereció desastrosamente frente á Santiago de Cuba: allí cayó herido el señor Concas con dos heridas graves; de modo que puede decirse que su libro está escrito con sangre: esta sangre comunica á toda la obra una vitalidad que á menudo estremece al lector, y explica y escusa muchas de aquellas páginas.

El tema fundamental de todas ellas es esta frase con que el autor encabeza el prólogo: «Siempre se ha dicho: ¡ay! de los vencidos; pero ahora hay que agregar: ¡ay! de aquellos á quienes se envía para que sean vencidos!» Esta es la entrada del libro que, con ella, se presiente ya acre y doloroso.

En todo él palpita esta convicción: que la sangrienta jornada del 3 de julio de 1898 en aguas de Santiago de Cuba, fué «una buscada ocasion por los políticos que, ante el temor de una asonada, no dudaron en sacrificar la patria entera, bajo la originalísima teoría de que el desastre, imponiendo la ley de la necesidad, obligaría el pueblo á la resignacion.

El error inicial de los gobiernos españoles desde mucho tiempo fué, segun el señor Concas, el firme propósito de evitar la guerra á toda costa.... pero sin abandonar la isla de Cuba, que era precisamente lo único que podia evitarla. Consecuentes los gobiernos con aquel propósito, irreflexivo por lo incompleto, no dispusieron el menor preparativo por tierra ni por mar; y mientras el mundo entero creía que con verdadero frenesí nos preparábamos para una lucha á muerte, la marina permanecía completamente en pié de paz. Al «Cristóbal Colón» le faltaban sus dos cañones Armstrong de 30 toneladas; otros barcos aguardaban su artillería para dentro de muchos meses, y otros tenían sus tripulaciones reducidas á la mitad.

—No habrá guerra—afirmaba el gobierno; y nada se hacia. Y entretanto la prensa española emprendia una campaña que coadyuvó funestamente á lo que habia de suceder, pues á la vez que encendia los ánimos contra los Estados Unidos, desfiguraba los recursos y los elementos de fuerza de aquel país, menospreciando su escuadra y haciendo comparaciones que carecian hasta de sentido comun.

Nuestra flotilla de vigilancia en Cuba estaba compuesta de lanchas ó poco mas; pero como cada lancha tiene su nombre, y á veces mas largo que el de un acorazado, la prensa sumaba nombres y, ayudándose de la pintura, aparecian escuadras numerosísimas; «pues cuando los buques—observa el señor Concas—se sacan del mar para trasladarlos al papel, todo es cuestion de escala.»

La marina—añade—instaba en vano para que se obligara á la prensa á decir la verdad; hasta que al fin se supo que, reconociéndose en Madrid la necesidad de perder la isla de Cuba, se aspiraba á *un nuevo Trafalgar* que á los ojos del país justificara la pérdida. Los marinos callaban en público, porque si hubiesen hablado se habria dicho que buscaban el modo de ir á la cárcel para no tener que ir al combate.

Mientras esto pasaba en España, los Estados Unidos se preparaban febrilmente sin descuidar el menor detalle, como si fueran á combatir con un coloso. Vino á España un capitán de navío americano, al que abrimos, incautos, nuestros arsenales para que se informara á su sabor de nuestra dejadez y nuestro atraso. Si queríamos enviar torpederos á Cuba, si construíamos ó comprábamos barcos, los Estados Unidos amenazaban con declarar inmediatamente la guerra; de ahí contra-órdenes, idas y venidas, fundadas en supuestas averías, que escandalizaban al público. Y mientras crecia la tempestad sobre nuestras cabezas, nos entreteníamos discutiendo si las resoluciones del Congreso americano habían de ser conjuntas ó no conjuntas. El «Maine» iba á la Habana á promover disturbios, y nosotros mandábamos inocentemente el «Vizcaya» á Nueva York... á pagar la visita. Allí llegó con las carboneras casi vacías, mientras el «Maine» volaba en el puerto de la Habana.

Así, encontrándonos completamente desarmados, llegó el momento solemne en que el gobierno español aceptó aterrado la guerra que habia de tapar sus errores, creyendo aun, en su candidez, que el desastre se limitaria á la isla de Cuba.

Entonces fué cuando la escuadra al mando del contralmirante Cervera salió de Cádiz para Cabo Verde, á donde le llevó instrucciones un vapor carbonero. Las instrucciones eran que la escuadra fuera á defender la isla de Puerto Rico, con autorizacion para ir á Cuba. La junta de guerra, compuesta de los comandantes de los barcos, juzgó estas instrucciones desacertadísimas; pues, dadas las fuerzas que el enemigo tenia en el mar de las Antillas, ir allí los cuatro buques de combate españoles y la escuadrilla de torpederos con todas sus imperfecciones y deficiencias, era correr á un desastre, no solamente estéril, sino definitivo para España; pues, como dijo muy bien el *Times* de Londres, destruida la escuadra del almirante Cervera, la guerra quedaba prácticamente concluida. Por todo ello, la junta de guerra de Cabo Verde votó en masa que era insensato, criminal y absurdo ir á entregar así la patria á merced del enemigo; ya que la guerra, como todas las guerras marítimas, no podia terminar sino sobre las costas de la nacion que llevara la peor parte; como así sucedió virtualmente, pues la amenaza de la venida de la escuadra Wattson fué lo que al fin impuso la paz. La única solucion era, pues, volver la escuadra á las costas de la Península; y éste fué el voto unánime de la junta reunida por el general Cervera, voto que se transmitió al gobierno. El gobierno contestó telegráficamente mandando suspender la salida y manifestando que se reunia en Madrid una junta de almirantes.

Causa pena leer en el libro del señor Concas los detalles de la angustiosa lucha que en aquellos dias se trabó en el ánimo de los jefes de Cabo Verde, entre sus firmes convicciones y los deberes de la disciplina, entre su horror á cruzar el Atlántico y las imposiciones de un gobierno que habia perdido toda serenidad y de una opinion pública estraviada. Cartas, telegramas, gestiones oficiales y privadas, pujos de disciplina y violencia... todo en vano, todo sofocado al fin por el espíritu de obediencia y por la fuerza de las cosas. La junta de almirantes de Madrid acordó la salida para América, el gobierno la ordenó y los barcos cargados de hombres desesperados, partieron para el sacrificio.

J. MARAGALL.

1900 24

14 - Enero - 1900

Enero

989

LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE CERVERA.

II Y ÚLTIMO.

El día 29 de abril de 1898 salió de Cabo Verde para América la escuadra española compuesta de los cruceros «Infanta María Teresa», «Oquendo», «Vizcaya» y «Cristóbal Colón», al mando del contralmirante D. Pascual Cervera, completada por una división de destructores: «Terror», «Furor» y «Pluton», al mando del capitán de payo D. Fernando Villaamil. No acompañaba á la escuadra ningún buque auxiliar ni barco carbonero. Los destructores iban remolcados por los cruceros para ahorrar carbon y no estropear sus delicadas máquinas; pero como en los cruceros no se había contado de antemano con aquel remolque, la travesía se hizo muy trabajosa.

El 10 de mayo, el «Terror», que, junto con el «Furor», había sido destacado para la Martinica en busca de noticias, quemó sus calderas, quedando en medio del mar hecho una boya, mientras el «Furor» seguía para Fort-France, donde ni obtuvo noticias oficiales, ni pudo lograr carbon para la escuadra; y, además, habiéndosele prohibido la salida, hubo de escapar escondidamente de noche para ir á reunirse nuevamente con la escuadra, á la cual pudo comunicar, por informes extra-oficiales, que la guerra estaba declarada, con mas el desastre de la bahía de Manila... y que no había que pensar en carbon. Por añadidura supieron nuestros marinos el bloqueo marítimo de Cuba y Puerto Rico, y que su presencia había sido descubierta en el teatro de la guerra dominado ya por los barcos enemigos. Los comandantes, reunidos en junta, acordaron, despues de aprovisionarse escasamente de carbon en Curaçao, dirigirse al único puerto ya posible, á Santiago de Cuba, á donde llegó la escuadra, «milagrosamente ilesa»—dice el señor Concas—el día 19 de mayo.

¡Hacer carbon! ¡hacer carbon!: esta era la implacable ley de la necesidad que dominaba á nuestros barcos, nunca bastante provistos, y esta la primera idea de sus comandantes al llegar á Santiago. Hacer carbon para navegar.... ¿hacia dónde? no lo sabían, desesperanzados como estaban de todo éxito y poseídos de la fatalidad del desastre definitivo; pero el carbon es lo primero para todo barco de vapor, el pan nuestro de cada día para navegar, para aguantarse, para combatir, para triunfar, para irse á pique.... ¡carbon! ¡carbon! Sin él un barco no es nada. Y mientras en España se echaban las campanas al vuelo por la llegada de la escuadra á Santiago, y se fantasiaban maniobras, y abordajes, y heroicidades, como si los barcos de guerra fuesen espíritus puros, los marinos en Santiago no podían pensar mas que en una cosa: en que les faltaba carbon para sus máquinas.

Mientras se estaban aprovisionando, en la mañana del 26 de mayo, se presentó delante de Santiago la escuadra de Schley y empezó el bloqueo. El general Cervera reunió junta de capitanes para decidir lo que conviniera hacer. Unos opinaban por salir á todo evento hacia Puerto Rico ó perecer en la demanda, cumpliéndose así en ambos casos los deseos del gobierno; otros, atendiendo á que alguno de los barcos, con la marejada que había, corría riesgo de estrellar su quilla contra las rocas de la barra antes de entrar en combate, optaban por aguardar en Santiago lo que la suerte deparase: éste fué el criterio que prevaleció, y la escuadra quedó bloqueada en el puerto.

Con el desembarco del ejército americano el sitio de la plaza se hizo durísimo, recrudeciéndose el hambre y la miseria. Empezaron los combates por tierra en los que tomaron parte 1.000 hombres de la escuadra al mando del capitán de navío y jefe de Estado Mayor D. Joaquín Bustamante que murió heroicamente combatiendo.

Pero la obsesión de la salida de la escuadra dominaba en la Habana y en Madrid. El día 3 de junio, el ministro de la Guerra consulta al general Blanco la conveniencia de que salga la escuadra de Santiago y vaya á Filipinas.... para volver despues á Cuba sin pérdida de tiempo (!). El general le contesta que la salvación de España y de la dinastía están en Cuba, y que, si la escuadra se aleja de allí, teme una revolucion; y despues de pedir la autoridad necesaria, ordena al almirante Cervera que reembarque á toda su gente que combate en tierra y

que salga con todos los barcos á la primera ocasion. Contesta el general Cervera que si reembarca su marinería, la plaza está perdida; pero el general Blanco le intima ya de un modo terminante que reembarque y que salga inmediatamente.

Nuestros acorazados podían ser echados á pique por 64 de los cañones enemigos, y sus obras muertas eran vulnerables á 265 de aquellos cañones; en cambio los nuestros podían hacer escasísimo daño á los barcos americanos, cualquiera de cuyos cuatro grandes acorazados bastaba á hacer frente á todos los nuestros reunidos. En resumen, las fuerzas españolas y americanas estaban en la proporción de 1 á 40. Los artilleros enemigos adiestrados por dos años de ejercicio: los españoles apenas sabían manejar las piezas; además los casquillos de la carga de los mejores cañones nuestros se hallaban en estado tal que..... *para no desmoralizar á los artilleros se prefirió no hacer ensayo alguno antes del combate.....!*

Y así ¡desmayó la pluma! se dispuso la salida, y se salió al grito de: ¡Viva España!, que debió tener una entonación bastante distinta de aquel otro ¡viva! del himno de Cádiz, voceado torpemente en nuestros cafés con acompañamiento de cucharillas. Las cornetas del «María Teresa» sonaron por última vez el ataque al salir el barco de la boca del puerto.... y empezó el destrozo. Teniendo que salir nuestros barcos uno á uno por la estrecha boca, cada uno de ellos fué sirviendo de blanco á toda la artillería enemiga reunida.

El señor Concas narra minuciosamente aquella escena de destrucción, que nosotros—lo confesamos—no tenemos valor para extraer siquiera. El incendio, el hierro, las olas, borraron trágicamente en breve tiempo aquella sombra de escuadra nuestra, dejando un sangriento residuo en el mar y en la costa. El señor Concas, que asistió á aquella gran realidad y padeció en ella, no solo ha tenido fortaleza para contarla y para levantar de ella terrible alegato, sino que, marino por encima de todo, estudia serenamente, técnicamente, tanta ruina, para sacar de la misma aun enseñanzas materiales, para utilizarla friamente como lección profesional.

Pero la lección grande de este libro no es la técnica, es la nacional, que resulta del mero relato del hecho terrible: lección cruenta: veremos si *con sangre entra*.

Tememos, sin embargo, que ni aun así, porque para aprender se necesita tener los sentidos despiertos: y España duerme, duerme hace mucho tiempo. A veces parece que no, porque se mueve; pero se mueve inconscientemente dentro de un sopor pesado, invencible como el que á menudo precede á la muerte.

Duerme el pueblo recostado en su historia, duermen los políticos en un sonambulismo agitado por voces incoherentes, duerme la opinión torpemente hipnotizada en esas voces vanas, y duermen todas las fuerzas é institutos nacionales, ¡todos! Solo que algunos despiertan violenta y momentáneamente en las grandes crisis, y sus hombres van, en cumplimiento de un deber que para ellos es primordial, á derramar su sangre por los demás, pero á derramarla estérilmente en la fatalidad de un hecho del que ya nadie tiene la culpa. Y esos hombres al caer dan algunos grandes gritos de vida, únicas voces de despiertos en un pueblo de dormidos.

Una de esas grandes voces es ahora para España el libro del señor Concas. El pueblo, los políticos, atenderán tal vez un momento á su vibración, que les parecerá muy lejana, y volverán á caer dormidos. Aprovechen los que todavía pueden esta ocasión para despertar y sustraerse á la atmósfera de general sopor, si no quieren quedar en ella, ¡ay!, quizás ya para siempre momificados.

J. MARAGALL.

LA UNIFICACION DE LA DEUDA DEL ESTADO.

Si en el arte de dictar leyes es cosa fundamental que la expresión del mandato legislativo sea claro y completo, de manera que el poder ejecutivo no necesite interpretarlas, lo que se presta en tantos casos á desvirtuarlas, ni le sea preciso suplirlas, el proyecto de ley de unificación de las Deudas del Estado leído por el señor Villaverde en la Cámara de diputados se aproxima á los límites de lo perfecto.

Todo se prevé, todo se resuelve. Su ejecución se reduce á una mera mecánica.